



Las edades del alma

Paloma Fernández Gomá

Torremozas

PALOMA FERNÁNDEZ GOMA

Las edades del alma

LA NOCTAMBULA

PRIMER NIVEL

Un latido antiguo, no consumado
permanece en la conciencia
entretrejiendo sombras
y vaticina el pulso de los días
descendiendo al centro de sus orígenes
hasta habitar el germen de la escarcha,
urdiendo la senda del óxido
o el lacerado vigor de las estrellas
en su exhausta itinerancia
a través de la oscuridad,
recitando el oráculo de la vendimia
que cada otoño cubre
de corinto los pámpanos.
Esperan los sentidos consumir su cópula
en el estallido de racimos,
cuando la llama enciende vides
y la cosecha inicia su consumación,
en el oculto sendero de los astros
que vaticinan un tiempo para el mosto.
Ya se encienden los surcos
al suscribirse la aventura de los equinoccios,
herida que supura por las noches
en la incertidumbre de los arpegios

o en un último rescoldo
que no habrá de llegar a consumirse.
En los efluvios del vino
surge la voz recién nacida,
manifiesto de una edad anterior
donde se insertan dos tercios
de lo que hubo acontecido
en un espacio anterior.
El oráculo permanecerá abierto
a las imposturas
y los pulsos perdidos en el aire
no llegarán a iluminar la franja celeste
de días venideros.
Existe un báculo que amortigua los golpes
tras el ocaso de la luz,
donde se ocultan todas las señales
y no se contemplan las gotas
que inundan la lluvia
de sed nueva.
Las nubes escapan al impacto
de una aventura imposible
que abre el tiempo de los solsticios
al horizonte y sus poros
que cifran los mensajes del tiempo,
derivándolos hacia el lumen
que habita las periferias del alma.
Una hojarasca de acantos
cubre el olvido de noches
recién nacidas, en Lixus o en el Generalife

con la erosión de la distancia.
Debe ser temido el desgaste del tiempo
sobre la piedra o el agua,
en su incansable secuencia,
erosionando horas y moléculas.
El alma en su plenitud más extensa
explora sus límites en el azogue
reflejando un haz de penumbras
o la nave que proyecta
un futuro de zozobra.
Cuál es el momento de la mayor incertidumbre
en el útero materno
si se ha de hilvanar la secuencia de las mareas,
bruñendo el barro que deteriora,
cuando el alma se aproxima
a su cámara más oscura
donde el inicio de la carne
comienza su andadura.
El ciclo de la vida
derrama un alud de acentos,
cornisa vertical, inequívoca
donde converge el núcleo
recién germinado
y su radiante esfera,
tan frágil como mínima,
desbordando todos los desafíos,
hasta llegar a ceñir el cingulo
que sobre el horizonte desvela
una nueva madrugada,

un espacio de rúcula y ciclamen
que perpetuará las horas futuras.
En el leve sonido
que incuba el viento
sobre el vientre desnudo
se genera un anhelo extraño,
un llanto último
que en el límite de los torsos
muestra el verso unánime
y la cavidad vacía que descubre
el núcleo del dolor
que se incardina en el caudal
de iniciación a la vida.
Allí todas las edades lacran
su sello indiviso de sombras
o el páramo lacerado que aproxima
cuencas de humedad
a la inerte mirada de las horas,
que lentamente van consumando
todos los resquicios
en los instantes últimos del atardecer.
En la periferia del agua
queda la iniciación y sus traslaciones,
cita transparente e intacta
con eco de retorno, donde el halo
de los ausentes horada el ritmo de las horas
con plegarias devotas de aviso,
depositando el trance de sus orígenes
en el cálido cuenco que unge la vida

con el germen del vigor,
dilatando espacios interiores
hasta hacer brotar recintos de arena,
que si ausentes de plancton,
silencian la voz de las vírgenes
que aguardan el rito de la vida
desde sus umbrales,
con bocanadas calientes de aire
que dilatan sus senos
abriendo los cruzados caminos de Venus
donde se ofrendan las esporas
y el germen nutre el viaje más antiguo
que ocultan las nalgas.
Ya se ve fecundada la vida
con la urgencia de un momento
donde se consume la savia
que emana de la luz,
una vez, ya anidada en el útero,
surge la amenaza de la intemperie
y una clave oculta que transita el vientre,
buscando el seno dormido de las entrañas.
Vírgenes de ausencia solían
esperar el paso de naves
hacia los campos de resina
donde desembarcaban los desnudos arpegios
de piel lacerada por el miedo.
Las lámparas incendiaron el muro
que se aferra a la vida con ojos y garras,
llevando la desesperación de la intransigencia,

pastos de aluvión y una zanja nevada
de plenilunios que sustentan
el vacío de las estrellas.
Después sobrevino la mácula que genera
el núcleo de lo imperecedero
donde todos fuimos concebidos.
Detrás queda la orfandad
de la cópula sesgada de gestos
bajo el lastre de su inercia,
mostrando la desnudez de osamentas
que avalan el futuro de la carne.
Siempre llueve sobre las copas y los sarmientos
o en la extrema verdad de los huertos
colmados de espera y semillas,
ajenos a la injerencia de extraños
que amamantan arenas quebradas
de impudicia donde el sudor sangra
sobre las sienes, profanando
la hora de la cosecha.

LA NOCTÚBULA
Torremozas

*Acontece nuestro tiempo, sublime
y extenso
iniciando una vez más su firme promesa
de no desvelar jamás el secreto de los siglos
para no cerrar las cicatrices,
que el alma ha ido tejiendo en sus edades.*

